

A C A N T I L A D O

Andrzej Szczeklik

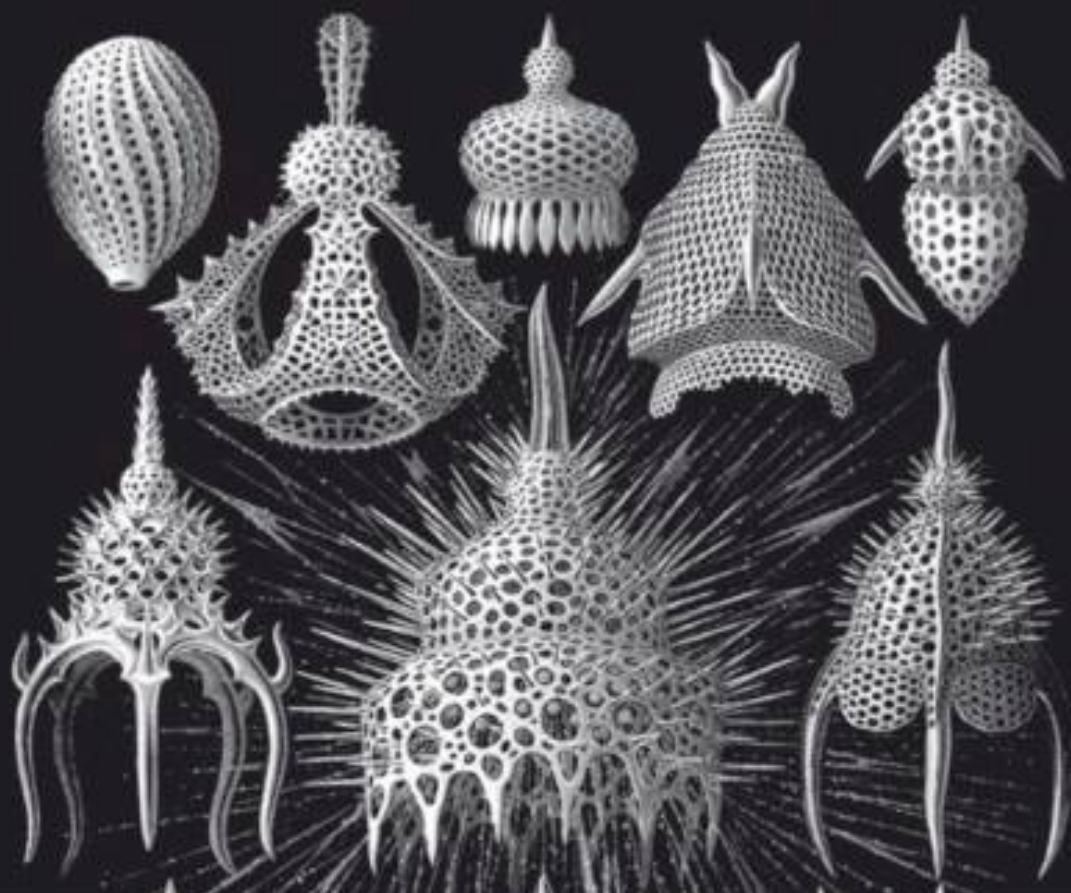
Core

Sobre enfermos, enfermedades
y la búsqueda del alma de la medicina

PRÓLOGO DE ADAM ZAGAJEWSKI

TRADUCCIÓN DE V. BENÍTEZ CANFRANC

Y M. LEMA QUINTANA



CORE

SOBRE ENFERMOS ENFERMEDADES Y LA BÚSQUEDA
DEL ALMA DE LA MEDICINA

ANDRZEJ SZCZEKLIK

PRÓLOGO DE ADAM ZAGAJEWSKI

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE VÍCTOR BENÍTEZ CANFRANC Y MAILA LEMA QUIN-
TANA

ACANTILADO
BARCELONA 2013



TÍTULO ORIGINAL *Kore*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Andrzej Szczeklik. Edición negociada a través de Spo-
łeczny Instytut Wydawniczy ZNAK, Cracovia, Polonia
© de la traducción, 2012 by Víctor Benítez Canfranc y Ma-
ría del Pilar Lema Quintana
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki, a
través del programa de traducción © POLAND



ISBN: 978-84-15689-22-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 31.497-2012

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
enero de 2013



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

por ADAM ZAGAJEWSKI

Conocí al doctor Andrzej Szczeklik en París en los años noventa, cuando mi principal documento de identidad (además del pasaporte polaco) era aún la *carte de résident* francesa. Aquel médico sonriente y en extremo afable me produjo una magnífica impresión. Hablamos poco tiempo, pero me di cuenta enseguida de que tenía delante a un médico y un científico excepcional: investigador empírico y humanista en una sola persona. Unos compatriotas que vinieron a la capital francesa desde Cracovia me confirmaron que no me había equivocado. Me hablaron de la famosa clínica de Szczeklik, en la que se trataba en condiciones igualmente óptimas tanto a particulares como a renombrados artistas de la talla de Czesław Miłosz. Me di cuenta de que Andrzej Szczeklik era al tiempo un buen samaritano y un excelente científico. Poco después de mi regreso a Cracovia, mi esposa y yo asistimos a una presentación de su libro *Catarsis*, que fue en extremo divertida y se desarrolló en un ambiente cabaretero. Pero el libro en sí era muy serio: me conmovió su contenido tanto o más que el hecho de que el autor resultara ser un extraordinario escritor en el que confluían una sensibilidad, una erudición humanística y un dominio de las ciencias exactas (pues no otra disciplina es la medicina) dignos de admiración. Pensé entonces que no existen ya ni existirán personas así, y que en el futuro ya sólo nos quedará echar mano con nostalgia de aquellos au-

tores universales que entendían tanto del cuerpo como del alma.

Recordé que el escritor británico C. P. Snow ya había llamado la atención hace cincuenta años, en su célebre ensayo *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, sobre el hecho de que los dos tipos de sensibilidad (y de erudición), la científica y la humanista, se habían separado por completo. Las culpas las cargaba a hombros (faltaría más) de los humanistas. La verdad es que no sé muy bien quiénes son los culpables y cómo deberían ser castigados. Lo cierto es que esas dos culturas se han alejado una de la otra de manera definitiva y que cualquier autor que intente salvar ese abismo insalvable es digno de atención y reconocimiento. Y también que aquel que no lo intente es merecedor de indulgencia...

En las décadas pasadas eran los pacientes los que escribían a menudo sobre medicina. Pacientes o apasionados de la medicina, como es el caso del gran ensayista Jerzy Stempowski, conocedor aficionado de la farmacología y de los procedimientos médicos, que en hermosas cartas proporcionó más de un consejo de salud o al menos un comentario informado y melancólico a los diagnósticos que sus interlocutores epistolares habían recibido de sus médicos.

En algunos sistemas de salud (en Estados Unidos, por ejemplo, donde he tenido que recurrir a los servicios de salud en alguna ocasión) el médico se ha convertido en alguien que comparece ante el paciente cual Zeus, sólo por un instante. El paciente le espera solo, sentado en una salita microscópica sin ventanas que recuerda más bien a una celda carcelaria inmaculada, hasta que oye el girar decidido de la manija, y es entonces cuando aparece dios en forma de doctor bronceado que le lanza al paciente dos preguntas para volver a desaparecer enseguida. Antes de la visita, y también después, el paciente está rodeado por un ejérci-

to de enfermeras, unas ninfas tan benévolas y jocosas como desprovistas de poder alguno. La cara del médico poco se diferencia entonces de la pantalla de un ordenador, de la portada de revistas como *Lancet* o *Nature* o de un talonario de cheques...

Tanto más nos sorprende un autor que, como Andrzej Szczeklik, perteneciendo al gremio de los iniciados, sea al mismo tiempo teórico y práctico y haya conocido el sufrimiento humano. Szczeklik lo sabe todo sobre el genoma y los últimos descubrimientos en el terreno de la biología molecular, y posee un profundo conocimiento de la historia de la medicina, en la que conviven los destinos de genios y charlatanes, el robo de cadáveres necesarios para los patólogos y los fabulosos estudios que han conducido a distintas revoluciones de la ciencia. Tampoco les resta importancia a las preguntas «blandas», aquellas preguntas que están condenadas (¿sólo de momento o para toda la eternidad?) a no tener respuesta. El autor de *Core* escribe sabiendo bien que existen dos tipos de problemas: aquellos que alguna vez serán resueltos y aquellos que muy probablemente seguirán siendo un misterio para siempre.

Los humanistas se ven a menudo desarmados frente a las grandes preguntas, pero, por otro lado, tampoco podrían vivir sin ellas. En general observan a los que se dedican a ciencias «matematizadas» con algo de envidia, sabiendo que en sus campos de estudio no existe en realidad progreso ni descubrimientos sensacionales sobre los que vaya a interesarse la prensa internacional. La base del humanismo (y de la poesía) no es otra que la contemplación paciente del mundo y del arte. Una contemplación que no dispone de microscopios ni de rayos X, sino de ojos, memoria y aquello que Blaise Pascal llamó *l'esprit de finesse* (y que Tadeusz Boy-Żeleński tradujo como «lucidez innata»).

Qué gran suerte que podamos todavía encontrar a un autor que lea a Dante, que entienda (y comparta) las cuitas

de antiguos y nuevos poetas, que, sin dejar de ser un lector erudito y humanista, nos ayude al mismo tiempo a acercarnos a la complicada estructura de la moderna teoría médica. Qué placer poder leer un libro que sepa unir una lección competente de la nueva biología con la intuición de un artista que sabe que la salud física, tan necesaria, tan ansiada, a algunos arrebatada trágicamente, no lo es todo, ya que ser una persona presupone preguntarse por el futuro, por el alma, el sentido de la vida, la eternidad. Dicho de otra manera: ser humano (incluso si se es joven, incluso si se está sano) significa estar eternamente insatisfecho. Y significa por tanto buscar libros que conviertan esa insatisfacción filosófica en tema de reflexión y en material para construir pensamiento y que, precisamente por eso, pueden aliviarla. Eso, justamente, es *Core*, un recorrido muy personal que hace Andrzej Szczeklik por la medicina y las ciencias humanas, y también, hasta cierto punto, por su propia memoria.

A. Z

SÍNTOMAS Y SOMBRAS



Observar, auscultar, dar golpecitos, palpar,
ir zarandeando los males hasta dar con su espíritu,
prestar oído a lo efímero para hacerle de espejo.
Ay, comprender cuán sencillo puede ser lo complejo.

Una noche, de camino a casa, Rafael empezó a sentirse mal, le sobrevinieron temblores, fiebre. Y aunque hasta entonces no había conocido jamás qué era la enfermedad, presintió que se acercaba la muerte. Pidió la extremaunción, dictó testamento. Unos días después ya estaba muerto. Murió un Viernes Santo, en el trigésimo octavo aniversario de su nacimiento, en la cumbre del éxito y siendo objeto de admiración general. Antes de morir se había despedido de la mujer que amaba, dejándola al cuidado de un criado fiel. Nos dejó un retrato de ella. Se llamaba Margarita y la llamaban *La Fornarina* porque era hija de un panadero (en italiano, *il fornaio*).

Desde el cuadro nos observa una mujer morena medio desnuda con los cabellos lisos negro azabache envueltos en un turbante. Tiene los ojos grandes y la expresión del rostro es insondable. La luz proviene de la derecha y la mirada está fija en algo, seguramente en el pintor. En el brazo izquierdo luce un brazalete de oro y zafiro con el nombre de Rafael, «con toda probabilidad, algo más que la firma del artista».[1] Descubierta el busto, el estómago cubierto con un velo y las caderas con una falda de tono rosa. «La postura es sensual y al mismo tiempo casta».[2] A su espalda, en el fondo negro de la noche, asoma un mirto, la planta predilecta de Afrodita, la diosa del amor.

La mano de la dama descansa en su pecho izquierdo desnudo, los dedos señalan su costado y su axila. Si se sigue su dedo índice, se puede descubrir en la orilla del pecho una mancha oscura, de reflejos azul pálido. Sabemos que no se trata de una sombra, pues la piel que está por encima de la mancha está estirada, como la de un tumor, igual que la axila de ese mismo lado. Al analizarla con mayor detenimiento, usando, por ejemplo, técnicas fotográficas especiales, se descubre que en ese fragmento del cuadro el autor aplicó, uno sobre otro, al menos nueve colores, algunos de reflejos oscuros, mientras que por el otro lado le bastaron dos: el rosa y el crema. El primer diagnóstico médico se hizo en 2002, y era el siguiente: cáncer de la mama izquierda con posible metástasis en la glándula axilar.[3]

¿Lo sabría sólo él? ¿O ella también? ¿Sabrían qué significaba ESO?

ESO se puede comparar con la cara de alguien que acaba de enterarse de que le han dejado solo para siempre.

O con las palabras del médico que traen una sentencia irreversible.

Ya que ESO es toparse con un muro de piedra y comprender que este muro no dará un paso atrás por más que

roguemos.[4]

¿De dónde sale esa arrogancia para descubrir la verdad, para arrojar ESO a los ojos del mundo? Y es que al mundo le llevó cuatrocientos cincuenta años advertirlo y reconocerlo, aunque, por supuesto, el acierto del diagnóstico se pueda discutir. Si bien lo que se cuestiona no es el diagnóstico mismo, sino el hecho de que alguien pudiera llegar tan lejos como para poner al descubierto la desesperación misma, es decir, ESO.

El adorado Rafael fue enterrado en el Panteón. El epitafio lo compuso el cardenal Pietro Bembo en el más puro estilo renacentista: «*Ille hic est Raphael, timuit quo, sospite, vinci, rerum magna parens, et moriente mori*» (Aquí yace Rafael, del cual la naturaleza temió ser conquistada mientras él vivió, y cuando murió creyó morir con él).

En estas palabras resuenan los ecos de una polémica que se remonta a los tiempos de Aristóteles: si el arte puede exclusivamente imitar a la naturaleza o si, al recrearla, es capaz de vencerla y mejorarla. En el Renacimiento, y en los siglos posteriores, el arte de la medicina también se sumó a la discusión.

Y *La Fornarina*, ¿fue de verdad tan amada? ¿Aquella cuya belleza se ve repetida en distintas obras de Rafael, en sus más bellos modelos femeninos? ¿Qué le sucedió? No se le permitió asistir al entierro de su amado por no estar unida a él por matrimonio eclesiástico. De ella nos ha llegado sólo una noticia: una anotación en el libro del convento de Santa Apolonia de Roma del 18 de agosto de 1520 que nos desvela que atravesó el umbral del convento para no volver a abandonarlo.

Los historiadores de la medicina nos dicen que, si bien en la antigüedad las mujeres ya sufrían cáncer de mama, no se han encontrado descripciones que lo distinguan de otras enfermedades de esta glándula. Ni durante la antigüedad,

ni en los quinientos años siguientes. Tampoco las encontramos en los fantásticos atlas renacentistas de Andreas Vesalius y Juan Valverde, verdaderos cofres del tesoro de la sintomatología. No fue hasta el siglo XVII cuando se publicó por primera vez una descripción de síntomas clínicos que permitieran un diagnóstico diferenciado del cáncer de mama. Pero Rafael había sido capaz de reconocerlo cien años antes; aun antes de que los ojos de los médicos lo distinguieran de entre la multitud de enfermedades que afectan a las mamas.

Los cuadros de Rafael los he tenido delante desde que nació. Sobre la cama de mis padres estaba colgado un medallón con una réplica de su *Madonna*. Y en Cracovia, en el liceo Bartłomiej Nowodworski (en el que durante más de cuatro siglos se han formado reyes, poetas y científicos) el plafón de la entrada estaba cubierto por un fresco que representaba la *Escuela de Atenas*. Creo que nunca tuve tiempo de pararme a mirarlo con paciencia: ni por la mañana, llegando como llegaba con el tiempo justo para entrar a clase, ni en los recreos, cuando nada más sonar la campana nos lanzábamos escaleras abajo como alma que lleva el diablo, atravesando aquella entrada que más parecía el vestíbulo de un teatro, y salíamos al patio, donde reinaban dos juegos: el fútbol y la pelota de lana. El juego de la pelota de lana nos tenía enganchados como una droga, y consistía en una lámina redonda de plomo con dos trozos de alambre a los que se ataba un pompón de lana que garantizaba que el juguete, que se lanzaba al aire con la pierna, no tocara el suelo. No pensábamos entonces ni en la *Escuela de Atenas* ni en Rafael, ni mucho menos en que en el año 1507 Julio II le invitó, junto a otros famosos pintores, a renovar el Palacio Apostólico. Se les condujo a la biblioteca papal privada, a la sala llamada Stanza della Segnatura. Al ver los primeros bocetos del artista de veinticuatro años, el papa quedó tan encantado que condenó a «echar abajo» los frescos realizados por otros pintores, encargándole a

Rafael la decoración de toda la estancia. En las bóvedas de la *stanza*, en las partes interiores, vemos cuatro alegorías: la Teología, la Filosofía, la Justicia y la Poesía, en relación con los temas representados en las paredes. El fresco de la *Escuela de Atenas* corresponde a la Filosofía. En el interior del espacio abierto, diáfano, afianzados con sólidas bóvedas de arco fajón que recuerdan al proyecto de Donato Bramante para la nueva basílica de San Pedro, discuten los filósofos en varios grupos. Desde el centro de la imagen avanzan hacia nosotros dos personajes: Platón sosteniendo el *Timeo*, y señalando con la otra mano el cielo, lugar del ser trascendental, de las ideas; a su lado, Aristóteles con la mano extendida hacia delante, entre el cielo y la tierra, mostrando que la Idea no puede morar sino en la realidad de los sentidos. Un poco más abajo, a un lado de las escaleras, rodeado de sus estudiantes, Pitágoras representa propuestas musicales; al otro, Euclides se inclina sobre una tablilla mientras introduce a los jóvenes en los misterios de la geometría.

Sólo un hombre está vestido de manera moderna. Lo vemos en primer plano, sentado en las escaleras, apoyando la cabeza en la palma de su mano y ensimismado escribiendo algo en una libreta. En este personaje, tradicionalmente identificado con Heráclito, reconocemos hoy a Miguel Ángel en la época de la Capilla Sixtina. Lleva botas altas de cuero fino, dobladas por debajo de la rodilla; en la rodilla derecha se ven varios nódulos en apariencia duros, apretados, sin señal alguna de enrojecimiento o de inflamación. Para el ojo del médico, se trata de una señal clara de una enfermedad característica. Como sabemos que Miguel Ángel sufría cólicos nefríticos podemos suponer con gran probabilidad de acierto que las protuberancias nodulares que tiene en las rodillas son un síntoma de podagra y que al avance de esta enfermedad pudo contribuir el saturnismo. Se dice que en la época en la que pintó la Capilla Sixtina

pasaba semanas enteras a base de pan y vino, que en aquella época se conservaba en cubas de plomo.

Es así como la enfermedad se dejó ver a ojos del genial pintor. No obstante, la mayor parte de las veces la enfermedad nos asusta mientras, escondida en nuestro interior, permanece invisible. El médico intenta, a corto plazo, obligarla a que se manifieste. Con las señales que le da va construyendo un diagnóstico, es decir, define y nombra a su adversario. El arte de la medicina consiste, entre otras cosas, en el descubrimiento de los síntomas de la enfermedad. Como un espiritista en una mesa giratoria, así el médico despierta los síntomas de la enfermedad. Pero ¿acaso se puede obligar a la enfermedad a que se muestre a un recién llegado haciéndole cosquillas en el pie? La respuesta de Józef Babiński fue «Sí», y con esta afirmación, basada en el descubrimiento del reflejo plantar del pie, tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la neurología de principios del siglo XX.

Una visión general de la neurología de aquellos años la dio Babiński en la conferencia que leyó en la Royal Society de Londres justo después de haber hecho su descubrimiento. Comenzó su texto citando a Don Quijote. El pobre caballero, después de todo un día de andanzas, llega al atardecer a las puertas de una posada. «¿Quién es?», pregunta el dueño sin abrir la puerta. Como respuesta, nuestro protagonista presenta todos sus títulos: «Duque de Béjar, marqués de Gibraleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos». «Tanta gente no cabe», fue la respuesta del posadero, que se deshizo sin más miramientos de un huésped que le podría haber aportado una ganancia nada desdeñable.

Una aventura similar, seguía Babiński, le espera al estudiante de medicina que quiera conservar en su memoria to-

dos los nombres de los reflejos de las extremidades inferiores. Y aquí añadía dos docenas de nombres que le vamos a ahorrar al lector. Hay que reconocer que, para apuntar tal cantidad de reflejos, los médicos han contado con varios cientos de años. Empezaron a entenderlos gracias a Descartes, que fue el primero en comprender en qué consistían los reflejos: aquellas acciones automáticas, estereotipadas, en las que «no participa el alma».[5] Descartes dibujó el camino que recorre el reflejo en una stampa que representaba a un hombre retirando el pie ante un fuego chispeante. El recorrido del reflejo iría desde el estímulo (la planta) hasta el sistema nervioso central y de vuelta al músculo (la pantorrilla).

Babiński tiene merecido su lugar en la historia de la medicina no tanto por haber puesto un poco de orden en la cantidad, que se diría incalculable, de reflejos (cuya valía clínica sigue siendo, por lo demás, cuestionada) sino por el descubrimiento de un nuevo síntoma al que se bautizó con su nombre. La retirada del pie como efecto de rascar la planta era bien conocida, y desde mucho tiempo atrás. Dependiendo de la fuerza del estímulo, el arqueo del pie puede ir acompañado del de la rodilla y la cadera. A los movimientos de los dedos de los pies no se les prestó atención, o se mencionaban de pasada. Babiński estudió la respuesta del dedo gordo al pinchar o rascar la planta del pie, y observó las diferencias entre el movimiento hacia arriba en caso de enfermedades del sistema nervioso y el movimiento hacia abajo en las personas sanas. Demostró que el movimiento hacia arriba, es decir, el que lleva a poner recto el dedo, suele ser una señal de desórdenes del funcionamiento del sistema corticoespinal, por el que transcurren todos los nervios. Descubrió así, en opinión de muchos, el más importante de los síntomas de una enfermedad del sistema nervioso central.